

EL MOTÍN

Año XXXVI.

Madrid, Jueves 14 Septiembre 1916.

Número 37.

Alguien ha dudado de que sea exacta la traducción del Himno separatista que publiqué en el número anterior.

Aunque yo no la hice, porque sólo sé traducir el catalán á moco suena, la creo fiel. Sin embargo, para que cada lector que lo sepa bien pueda hacer el cotejo, allá va el Himno cual se repartió por Cataluña:

HIMNE

I

Del odi y del rencor la copa ja n' es plena,
aquest gran odi es sant, es l' odi a la cadena,
es el rencor als vils, la rabia a n' el tirans;
la copa del amor a nostra Patria esclava
també's desborda ja y al cor ens bull la sava
dells braus almogavars del avis catalans.

II

Un odi gloriós arrasa una montanya,
el nostre odi titá contra la vil Espanya
es gegantesch y foll, es gran, divi y sublim;
fins n' odiem el nom, el crit y la memoria,
les seves tradiccions, la seva xorca historia
y fins a sos fills propis nosaltres malehim.

III

Ja es hora que la Patria que nostre cor adora
camini tota sola vers l' Ideal que arbora
els nostres cors y pensas de santa llibertat;
no pidolem lleys noves, ni demanen clemencia:
volem per Catalunya la santa Independencia,
qu' Espanya s' humilii sota 'l penó barrat.

IV

Fini son esclavatge la terra catalana:
avuy ja se redressa sentintse sobirana
de tot son patrimoni robat per vils masells;
torném teni'l llenguatge: tenim costums e historia:
al cor anhels de vida, ab ansies de victoria
y al pit y als brassos forsa per aixecá'ls fusells.

V

Al punt vibri pels aires el crit de ¡Via fora!
y la bandera santa onegi a nostra vora:
serem potents, e indómits com vents desenfrenats.
Si a cas morim, la gloria valdrá molt mes qu' l viure
y si vivim veurem la Catalunya lliure
formant en la sardana dels pobles liberats.

MORI E.

V. C. I.

11 Setembre 1907

Any 193 del nostre esclavatge

Federació de Separatistes Catalans.

RECUERDO

El próximo martes, 19, hará treinta años que varios militares á las órdenes del brigadier Villacampa, se sublevaron en Madrid al grito de ¡viva la República!, secundados por varios paisanos que seguían á Patricio Calleja.

Felicito á los que de ellos han

muerto, por haberse librado de los sonrojos y vergüenzas que sufren los pocos que viven aún, al ver la situación á que ha llegado el partido al que sacrificaron libertad, vida y porvenir; rogando á sus desvalidas familias que se dignen acoger benévolas el respetuoso saludo que les envío.

JOSÉ NAKENS

BIEN VENIDO

Con el título *La Lucha*, ha fundado Marcelino Domingo un diario en Barcelona.

Que combatirá sin tregua, sin distinguos y valientemente á la Monarquía, no entrando en componendas de ninguna clase con ella, y que sus actos no desmentirán sus palabras, nos lo garantiza quien lo dirige, uno de los republicanos que más honran al partido como hombre, como periodista y como diputado.

De sus propósitos, júzguese por el artículo programa:

POLITICA NUEVA

Este periódico nace en una hora de debilidad republicana. Confesémoslo sinceramente. Pero nace también en una hora de ruina de los partidos monárquicos y de ruina del Régimen. Nace también en una hora en que la fiebre quema las entrañas del país. Nace, sobre todo y ante todo, en la hora en que ha nacido en el espíritu de los hombres que adoran fervorosamente á su tiempo y á su suelo y á su raza, y á su idea, el sentido de la responsabilidad.

¿En qué otro momento el afán de volar, se ha manifestado como hoy? Nunca. De un lado á otro brotan las energías, los estímulos, los anhelos, los problemas bien vistos y bien fijada su solución. Es Cataluña que conmina; es Valencia que se agita; es Andalucía que despierta. ¿Pero quién no ha sentido en este país al intentar ascender el peso de un Régimen que le tronchaba las alas; el peso de un Régimen convertido en estorbo nacional? Ciertamente que junto á las energías y á los estímulos se alzan también las codicias, los egoísmos, los negocios escandalosos. Codicias como las de los capitalistas que retienen su dinero en el Banco fortificando sus cuentas corrientes y debilitando, hasta desangrarla, la economía nacional; egoísmos, como los de los acaparadores que juegan con el hambre y guardan la bandera en el bolsillo; negocios como los de la Compañía española de colonización. ¿Pero quién que sepa abrir los ojos no ha visto también que este Régimen de piedra que aplasta á unos sostene á otros; que este Régimen de piedra que tiene debajo, clavado, al que sufre, al que padece, al que aspira á no verse, tiene encima, seguro, fijo, guardado, protegido, amparado al que se lucra, al que se aprovecha del desconcierto nacional, al que tiene libre la entrada en el Presupuesto, al que tiene las manos libres, al que roba? El Régimen español es el único régimen de Gobierno que en estos días de enmienda y de recogimiento, no ha sabido arrepentirse; no ha podido hacerse perdonar sus pecados. En Francia, en Inglaterra, en Italia se olvida lo que hicie-

ron los hombres que ocupan el Poder; se olvida lo que hicieron por lo que hacen. Se olvidan sus errores de ayer viendo sus aciertos de hoy. Se olvidan sus vicios pasados viendo sus virtudes presentes. En España no. Lo que fueron, son. Lo que hicieron, hacen. Siguen insensibles como si vivieran solos en el mundo, errando por camino de perdición.

No exhala aislada esta queja en el reducto de una bandera política. No. No es una queja republicana. Es una queja de todo el país. Es la queja del militar honrado que se da cuenta de la burocracia que infesta al Ejército; es la queja del buen juez que advierte la imposibilidad de hacer justicia en España; es la queja del industrial laborioso, que no halla facilidades para el crédito, ni para el transporte; es la queja del labrador que paga un tributo superior al que se paga en los otros países, y no recibe del Estado una sola de las ventajas que el Estado va concediendo ya en todos los lugares del mundo al cultivador de la tierra. Y no sólo es la queja del modesto. El privilegiado también se queja. Vedlo ahora con motivo del proyecto de impuesto sobre los beneficios extraordinarios. Los capitalistas, los que han hallado siempre la protección del Gobierno, han sido los que han dicho: «la administración española es inmoral; no sirve para mandar». «Marruecos es una vergüenza: no damos dinero para que se entierre allí». «El Régimen está en decadencia: no tiene derecho á participar de nuestros negocios». Así han hablado las Cámaras Mercantiles; así han escrito sus manifiestos las Asociaciones de Navieros; así se han producido en el Parlamento los representantes de las clases plutocráticas. Todos, en España, desde el más alto hasta el más bajo, se revuelven contra el Poder. Todos tienen para el Poder una censura, una crítica, un dictorio, un odio. ¿Cuántos republicanos hay en España? No se sabe. Tal vez pocos. Tal vez muchos. No se sabe. Lo que sí se sabe es que hoy en España no queda ya un sólo monárquico.

Frente á este descrédito de los órganos del Poder hemos de levantar el partido republicano como una esperanza. Hemos de converger en el partido republicano la solución del problema español. Para ello el partido republicano ha de renovarse. Y ha de extenderse. Ha de renovarse, cambiando su ideario. Ha de extenderse, purificando sus procedimientos.

Vivir del prestigio de las grandes figuras preteritas, no es vivir. El problema social, el problema religioso, el problema económico, el problema cultural abren á las fuerzas republicanas actuales, horizontes que no divisaron las fuerzas republicanas pasadas. Nuestro trabajo no está en reducir el horizonte de hoy al horizonte de ayer, sino en volar sobre el horizonte de hoy marcando idealmente la línea del horizonte de mañana. Ha de ofrecerse al país una nueva ideología, presentándole problemas que sean verdaderamente los problemas que nazcan de la realidad. Las inquietudes, los anhelos, los afanes nacionales han de hallar una solución racional, gacetable en nuestras palabras.

Una solución racional en las palabras y una garantía en la conducta. Porque del mal que muere España es de la falta de fe. No cree. Ha perdido la confianza

que tenía en sus hombres representativos. Se resiste á reconocer el prestigio de las agrupaciones políticas. Se niega por este juicio, á toda colaboración partidista. Ha de despertarse esta confianza, ha de crearse esta fe con la obra perseverante del que consigue arrancar frutos de un árbol plantado en el pedregal. Ha de elevarse para ello la vida á luminoso ejemplo de santidad humana.

A eso venimos. A predicar la renovación de una idea y á ofrecer en prenda una conducta. A eso venimos. A sacar á los neutros de sus conchas; á despertar á los republicanos de su modorra; á poner en pie de guerra á todos los hombres de buena voluntad. A mostrar en una palabra los deberes que la responsabilidad impone en este momento á todo español.

Delante ó al lado de los que hay ya en el camino, nosotros vamos andando. Queremos hacer patria. Y patria—como decía Ortega Gasset—es para los que ponemos el alma en esta hoja: «una tarea á cumplir, un problema á resolver, un deber». Quien adore este deber, que cargue con la cruz á cuestas y que siga. Sentirá la amargura y la gloria de andar heroicamente por un camino de espinas.

MARCELINO DOMINGO

NO ASAMOS, Y YA...

Un fraile me pidió un beso
el lunes por la mañana;
yo le dije:—Padre mío,
nen principi io de sem na.
(Cantar popular.)

De la caja de la Mancomunidad en Barcelona se han evaporado 24.000 duros. El Sr. Prat de la Riba, presidente de la Diputación, y alma y nervio de la Lliga Regionalista, en vez de declaraciones concretas y terminantes, ha creído justificar, ó disculpar por lo menos la evaporación, haciendo saber por conducto del órgano del separatismo, que el autor del desfaldo es *castellá*.

Esto, aun siendo cierto (hay quien asegura que no lo es, pues el tal nació en Barcelona) antes que para eludir la responsabilidad moral de Prat de la Riba, sirve para agravarla. Si todos los castellanos, es decir, los españoles, son para los separatistas unos ladrones ¿cómo mantuvo en su puesto á ese?

Este hecho acabará de convencer á los españoles catalanes de lo que les ocurriría si los Prat y los Cambó se salieran con la suya, que no se saldrán.

Ni independencia, ni prosperidad, ni libertad, ni paz. Unos señores comiéndose á Cataluña al compás del *Himne* que encabeza este número. Esto sería todo

Verdad consoladora

¿La decantada religiosidad de nuestros antepasados? Apariencia pura, farsa, mentira. Y lo prueba, el que dejaron de coronar á una porción de

imágenes de la Virgen, ya por indiferencia, ya por descuido, ya por tacañería; vaya usted á saber.

Para religiosidad, la nuestra. No contentos con mantener á cuerpo de rey al alto clero, y de levantar magníficos conventos á frailes y jesuitas, dándoles encima lo necesario para que vivan como próceres; y para que envíen millones á Roma, donde moran los generales de cada Orden; y para que depositen otros ídem en los Bancos extranjeros, en prevención de que un día pueda oler en España á chamusquina...

(Aquí un paréntesis.

Desechen del todo ese temor, pues los españoles de hoy, ¡hasta los que no tenemos ni cinco céntimos! preferimos dejarnos morir de hambre, antes de que se sospeche siquiera que pudiéramos en ningún caso atentar á una propiedad tan sagrada como la eclesiástica; y vemos además tranquilamente evaporarse el pan de nuestros hijos envuelto en las oraciones que el clero eleva al Altísimo para que, al salir de este valle de lágrimas desfallecidos, encuentren bien provista en el cielo la mesa donde saboreen el pan que conforta á los ángeles y á los elegidos...

Difícultoso me va saliendo el paréntesis. Lo cerraré aquí.)

Sí; no contentos los españoles de hoy con hacer cuanto he dicho, nos dedicamos de paso á reparar la indiferencia, el olvido ó la tacañería en que incurrieron nuestros antepasados, consagrándonos bravamente á coronar las imágenes que no lo estaban, y aun á otras de las que tienen tres ó cuatro riquísimas coronas de repuesto.

El día 3 coronamos la de Queralt, en Berga, con el lujo y la magnificencia que le corresponden, celebrando una gran fiesta á la que concurrió la infanta doña Isabel, el ministro de Gracia y Justicia, el capitán general de la región, el arzobispo de Tarragona, el Nuncio de Su Santidad, varios prelados, el rector de la Universidad, el presidente de la Audiencia territorial, los diputados y senadores, una Comisión del Ayuntamiento de Barcelona, con el alcalde de Berga, Comisiones de los pueblos de la comarca y las autoridades locales.

El día 8 coronamos á la de los Milagros, en el Puerto de Santa María, con gran boato y esplendor, asistiendo á la fiesta el arzobispo de Sevilla y otros prelados, las autoridades civiles y militares, y resultando tan superiormente preparada, que se acordó dar un banquete al alcalde de aquella ciudad, en la que el entusiasmo, el júbilo y la devoción dislocaron espiritualmente á sus fervorosos habitantes.

Y el 24 coronaremos en Segovia á la Virgen de la Fuencisla, alzándose en la Plaza Mayor suntuosa tribuna frente al Ayuntamiento, donde se co-

locará la imagen, colocándose á un lado la infanta doña Isabel, que tendrá la representación del Rey, y al otro los Prelados.

Formarán las tropas y asistirán todas las parroquias, cofradías de la capital y los representantes de 98 pueblos de la tierra de Segovia con sus insignias.

Por la tarde será restituída la imagen á su santuario en solemnísimá procesión. En el trayecto se alzarán gran número de artísticos arcos costeados por corporaciones y entidades.

Pasan de 100.000 pesetas las que se han recaudado por suscripción popular para el coste de la corona, que es una hermosa obra de arte, estilo gótico, de oro fino y piedras preciosas.

La ciudad prepara grandes fiestas con motivo de la coronación: habrá magníficas corridas de toros con Paco Madrid, Joselito y Ballesteros; una brillante cabalgata histórica, reproduciendo la proclamación de Isabel la Católica; lucidas verbenas; fuegos artificiales; músicas, iluminaciones, concursos de escaparates, cinematógrafo público y otros agradables pasatiempos.

— Demostrado lo que al principio dije, de que hoy somos los españoles más religiosos que nuestros antepasados, nada tengo que añadir.

Un predicador decía desde el púlpito:

— Señor, á ti confiamos nuestras almas.

— Amén, respondieron los fieles.

— Señor, á ti confiamos nuestros cuerpos.

— Amén.

— Señor, á ti confiamos nuestro dinero.

Esta vez la concurrencia permaneció en el silencio más absoluto.

El cura: Los moros, hijo mío, son unos herejes terribles. Una de las barbaridades que hacen es tener ocho mujeres cada uno.

El niño: Entonces, si es una barbaridad, ¿por qué todas las monjitas del convento dicen que son esposas del Señor?

Me han enviado de Las Palmas (Canarias), este artículo que ha aparecido en *La Prensa* de Tenerife. Lo reproduzco con mucho gusto por referirse á uno de los hombres que más valen, que más enaltecen al partido republicano y que más sacrificios han hecho por él:

Desterrados ilustres

A mi paso por Sevilla tuve el gusto de saludar á Franchy y Roca, nuestro ilustre paisano.

El elocuente tribuno, el hombre íntegro, el demócrata sincero, hállase consagrado en la actualidad á las prosáicas tareas burocráticas, en la Secretaría de la Audiencia.

Creí encontrarle con más arrestos juveniles, con más vigor físico, ahora que reposa holgadamente de las fatigas y sin

sabores de la política; pero he notado que la ausencia, el alejamiento de la tierra, le han hecho envejecer más y más...

El caudillo, en medio de la alegría y luminosidad del ambiente sevillano, parece reflejar en su mirada las tristezas y amarguras de un proscrito... Y yo no sé si por espejismo del espíritu, ó porque así es en realidad, se le ve reconcentrado en sus pensamientos, como quien lleva lutos recientes en su alma y siente sangrar en ella heridas muy hondas... ¿Año-ra sus días de lucha? ¿Siente la soledad de los suyos?... Yo creo que sí, aunque él, con su acento imperturbable y su sonrisa característica procura mostrarse tan afectivo y sereno como siempre.

Una noche, paseando los dos por una solitaria calle de Sevilla, me hablaba con efusión de su éxodo político, de su defensa del proletariado, de sus decepciones y sus triunfos... Oyéndole, parecía como si la imaginación del «leader» ausente cabalgase de nuevo en alas de un ideal romántico, esfumada ahora en la lejanía entre las nieblas del olvido...

Era el Franchy y Roca de otras veces, el apóstol y conductor de las multitudes, el discípulo de Pi y Margall, el sembrador de ideas societarias... Y como si remozase sus entusiasmos y sintiese nuevas fiebres de inquietud, hablaba y hablaba... Creyérase que estaba platicando con sus correligionarios y obreros de Las Palmas, en uno de los mítins del puerto...

Al siguiente día, Franchy y Roca tornaba á ser el secretario de Audiencia, el funcionario austero, cumplidor del deber, administrador de justicia... Viéndole en su despacho, vestido de toga, rodeado de curia, tristemente me descubrí ante el demócrata de antaño.

Había en su continencia, en su hieratismo oficial, toda una aureola de dolor. Y el tribuno, el político, el jefe, dignamente resignado, me tendió la mano fraternal que tantas veces se irguiera solemne y gallarda en los apóstrofes de la oratoria, y me dijo:

— Perdóneme usted; me voy á despachar con el señor presidente de la Audiencia...

Y el ilustre desterrado, sonriente, amable, caballeroso, desapareció por una amplia galería llevando un montón de sumarios bajo el brazo.

Era toda una vida de lucha, de afanes, de rebeldías; toda una historia política que se disipaba en las sombras, entre los pliegues de la negra toga del funcionario. Era todo un ayer de esplendor, de prestigio, de elogios y de aplausos, que desaparecía ante nuestros ojos, humedecidos por la emoción.

¡Así es la vida, pensamos, la dolorosa realidad de la vida; gloria ayer, pesadumbre hoy!... Irrisiones y veleidades del destino que separan del medio social á los elementos más útiles, á las voluntades más fuertes, á los cerebros más luminosos, para alejarlos de las muchedumbres indefensas, irredentas, solas, cada vez más solas!...

¡Cuántos, como Franchy y Roca, relegados al ostracismo, mariposeando de dolor en dolor!

¡Es que estos hombres no caben en la sociedad actual, ó es que la sociedad actual no cabe en estos hombres, abnegados, fraternales, dispuestos al sacrificio?...

Como quiera que sea, es muy sensible, amargamente sensible que las verdaderas reputaciones, las que no se improvisan ni se falsifican como los ingredientes químicos á fuerza de sustancias colorantes,

sean energías perdidas para el acervo de la raza.

¡Y se habla de crisis de hombres cuando tenemos á tantos, como Franchy, en el destierro, oscurecidos y olvidados!...

LEONCIO RODRIGUEZ

No conozco personalmente al señor Franchy, mas el anterior juicio ha confirmado lo que sabía de él.

Fué de deplorar que no prevaleciese la opinión de los republicanos que quisieron presentarlo candidato á la Diputación á Cortes por Madrid en las elecciones últimas. Hubiese figurado desde luego entre los que más valieran por su talento, su elocuencia, su rectitud y su desinterés.

El abismo del clero

El 9 de Julio de 1916, el párroco de Logrosán arremete á tiros, dentro del templo, contra el coadjutor. Lo mata, y se suicida en plena iglesia, dejando explicada en una carta la razón de su locura.

El precedente inmediato de este crimen hay que buscarlo en el de Santo Domingo de Murcia, realizado por el presbítero Pedro Morales, que mató al rector de los jesuitas, P. Marquinez, y se suicidó sobre el cadáver de su víctima.

Ambos crímenes son estridencias y estallidos insofocables de «un estado espiritual» de la Iglesia española, deplorable y bochornoso para la nación, y desmoralizador del pueblo.

Ese «estado» es la abyección que padece el clero ínfimo, oprimido por el clero supremo, y menospreciado por el clero intermedio, de favoritos y lamebotas, clero de espías y soplo-nes, educado á la moda jesuítica, sin apariencias de vicio y sin realidades de virtud; cauteloso, sin conciencia y sin entrañas; falto de religiosidad y sobrado de disciplina; de alma cainesca y de modales de Iscariote; ahora zorro, ahora felino: siempre rastrero ante el más poderoso y traicionero del poderoso menor; extracto de la envidia, producto de la intriga; con todos los instintos parasitarios; chinche acá, cínife allá, pulga con uno, piojo con otro, ladilla de toda lujuria y vehículo de toda purulencia.

Ese *clero neutro* de apariencia, egoísta rabioso, cuyo dios es el vientre, cuyo dogma es la corriente, cuyo culto es el bien parecer, es el que se interpone entre el clero supremo y el ínfimo, para aumentar cada día con la lisonja el despotismo del superior, aumentando á la par la abyección del inferior, hasta llegar á constituir las dos clases; de *clero supremo*, que se pierde de vista en su altura, inmensidad y omnipotencia, y de *clero ínfimo*, perdido de vista en el fondo de su miseria y envilecimiento.

El *clero supremo* está, sin deberes y pletórico de derechos. El ínfimo es-

tá sin derechos y esposado de deberes. La inmensa soberbia arriba: la infinita humillación abajo.

Tal «estado espiritual» del clero, tiene una quiebra; la «conciencia del clérigo inferior».

Si el otro clero pudiese cortar la inteligencia hasta dejarle idiota; la voluntad, hasta reducirle á autómeta; la conciencia, hasta hacerle insensible á la moral y á la dignidad, esa castración se verificaría sin reparo. Si no se realiza, no es por no intentarlo. Una larga vida de Seminario sirve de ensayo y ejercicio á esa castración. El seminarista está espiritualmente á más bajo nivel que el hospiciano. Y sólo pasa al sacerdocio, ó bien para inscribirse en la sección aquella policiaca, verduguil y lacayuna, ó bien para ser inscripto en la sección *infima*, donde hallará como colmo de carrera y en pago de servicios, el ser «peón» de un señor mayor ó menor, sin más apoyo exterior que el arbitrio episcopal, y sin más base interior que la de su resignación al *perinde ac cadáver*.

En esa *clase infima*, hay una masa de «adaptados». Son los que, extraídos de las infimas capas sociales, destituidos de talento, y de conciencia falseada, creen llenar una misión satisfactoria de la responsabilidad humana, con vestir un uniforme privilegiado, verse adorados de la plebe y exaltados por la superstición. Para ellos el sacerdocio no es un deber, sino una comodidad. No es una responsabilidad, sino un fuero. Conllevan la opresión de los de arriba, á cambio de oprimir ellos á los de abajo.

Mas, de cuando en cuando, á pesar del tamiz del Seminario, se filtra en el clero alguno que no tenía atrofiadas, sino aletargadas las facultades del alma, que despiertan á la vida moral y á la sensibilidad cristiana. Y sus ojos ven la iniquidad del sistema, lo anticristiano de tal disciplina, lo prostituido de tal estado espiritual.

Y entonces surgen el odio y la fobia del *infimo al supremo*; la sensación de una esclavitud ominosa; la asfixia por falta de oxígeno jurídico; la clerofobia más dolorosa y punzante; la más honda é intensa por ser la más comprimida.

De este modo al infinito desprecio que el clero supremo siente por el clero infimo, responde el clero infimo consciente con su infinito odio contra el supremo.

Odio escondido y secretísimo para no aumentar la desdicha del paciente y no servir de pábulo á las iras del jerarca: odio, que no puede manifestarse directamente como tal, pero que, en su acción sobre el espíritu crea fermentos de otros vicios, desmoralizando al sujeto, el cual, con la

prostitución del carácter clerical y con la profanación de sí propio, se forja la ilusión de tomar venganza del «estado ofensivo» á que se halla atado.

El suceso de Logrosán, como el de Murcia, son hechos-cumbres, donde ese «estado» llega al colmo. Lo *horrible del crimen* es para sus autores lo más vivo del deleite. El sacerdote-asesino; el homicidio en el templo; el sacrilegio, la profanación... Lo que á los demás horripila, á ellos les seduce.

El horror y espanto públicos, eso es lo que buscan. Es su venganza.

—¡Monstruos... monstruosidades!.. clama el pueblo.

—¡Sí responde el desdichado clérigo. Monstruo... como ese sistema imperante... como ese pseud. cristianismo... como esos padres-tiranos, como esos hermanos-Caínes, y como esos amigos-Iscariotes. ¡Todo monstruoso! ¿Qué puede engendrar la monstruosidad social, más que la monstruosidad individual?

CUENTO

Víctima de la sed y la fatiga un infeliz sucumbe en el desierto. En torno de él los cuervos por el aire, las hienas en el suelo.

Pavorosos aullidos de amenaza, estridentes graznidos de despecho, voraces apetitos disputándose los despojos del muerto.

Abrense con furor bocas y picos, erízense las plumas y los pelos. La lucha es inminente. ¡Que decida el Dios de los Ejércitos!

De pronto, poderosa, dominando por un instante el infernal estruendo, se alza la voz de un cuervo que reclama con afán el silencio.

Consíguelo por fin, y así se expresa en un discurso de elocuencia lleno el orador volátil, que parece un padre misionero.

«Se trata de comer, y hay para todos, para todos nosotros, por supuesto. ¿A qué emplear los picos y las garras con diferente objeto?

Ceda el puesto el rencor al apetito, que esto es lo racional y esto lo cuerdo, y atraquémonos juntos, olvidando agravios y recelos.

Mis sabios son los hombres que nosotros, y hacen en la ocasión lo que aconsejo. Si lo dudáis, volved la vista á España y veréis un ejemplo.

Se presenta un negocio; el de comerse los últimos despojos de ese pueblo que por diversos medios se anexionan jesuitas y hebreos.

¿Y qué pasa? que escrúpulos dejando, de Jehová y Jesús con menosprecio,

los hijos de Israel y de Loyola se entienden al momento.

Y ante el becerro de oro se prosternan juntas las manos con cordial afecto el judío Rostchild, y el de Cominas católico perfecto.»

Dice, y cuando pacíficos se prestan juntamente las hienas y los cuervos á gozar del festín con que les brinda la muerte en el desierto,

llega una caravana que á balazos les hace al punto abandonar el puesto. ¿Verdad pueblo español, que tú pudieras aplicarles el cuento?

Las Hojas parroquiales

Los periódicos católicos dicen cada barbaridad religiosa que canta el credo; pero, la verdad ante todo, resultan cultos y casi ortodoxos al lado de las Hojas parroquiales. ¡Lo que me río leyendo las que me envían!

Escritas por clérigos, en su mayoría nacidos unos cuantos días después que Salomón; encantan por su maravillosa estultez. Fabrican unas vidas de santos, que ponen en ridículo á quien los canonizó; relatan los milagros de tal modo, que no admiran ni á las cocineras de los figones baratos.

Hasta en lo de pedir dinero, que es de lo que se trata en suma, andan desacertados: lo hacen tan chavacamente, tan indelicadamente y asomando tan groseramente la punta ¿qué la punta? la oreja toda, que el más fervoroso católico debe sentir algo parecido á los remordimientos antes de largarles un perro chico.

En fin, que las tales Hojas han venido á demostrarnos que había algo más inculto, cerril y montaraz que los periodistas clericales: los clérigos escribidores.

Recomiendo á mis lectores esas Hojas para pasar distraídamente el rato. Yo, cada vez que sospecho que pueden acometerme síntomas de tedio, hago que me lean una hoja de esas, y ahuyento ese gran enemigo de la Humanidad.

¿Se acabará la gente?...

Los señores que se dedican á la estadística, personas todas de imaginación brillante, afirman que muere más gente que nace y que, por tanto, la muerte se propaga y extiende más que la vida.

Esto ha hecho fruncir el ceño á los sociólogos, personas también muy respetables, que se desviven por nuestra felicidad y que están alarmadísimos al ver que las defunciones superan á los nacimientos. Si esta progresión, mejor dicho, esta *degre-sión* va en aumento, se columbra, no

EL MOTIN



Las madres belgas.

(Raemaekers.)

Ayuntamiento de Madrid

sin cierta emoción, que llegaremos á un período en que seremos muy poca cosa.

Para remediar esto en lo posible los sociólogos proponen como medida salvadora el aumento de matrimonios; pero los señores *estadísticos* han tirado de números y han declarado que cuanto más aumentan los matrimonios aumentan más las defunciones, y, sobre todo, ¡quién lo creyera! disminuyen los nacimientos.

Lo cierto es que las gentes casadas no son más prolíficas que las solteras y que no es, por lo visto, en el matrimonio donde hay que buscar el aumento de población. El bondadoso Dios, que dijo á nuestros primeros padres: «Creced y multiplicaos», se guardó muy bien de añadir que para ello nos procurásemos los documentos debidos y que antes nos pusiéramos al habla con el párroco y el alcalde.

Fué en el transcurso de los tiempos cuando los hombres encontraron provechoso establecer el matrimonio, precisamente para oponer un dique á esta *multiplicación* que amenazaba llegar á ser excesiva.

Cuando dos recién casados están en la luna de miel no falta algún amigo indiscreto que pregunta:

—¿Y qué? ¿Piensan ustedes tener muchos hijos?

La mujer baja la vista ruborizada y calla.

El marido responde:

—Un niño y una niña: la parejita.

Pero más tarde se *filosofa* y la pareja se queda en un individuo y muchas veces en ninguno.

La verdad es que cada vez son más numerosos los matrimonios que no tienen hijos; en cambio, aumentan de un modo aterrador los hijos ilegítimos.

Pero los sociólogos piensan que el matrimonio, que en un principio sirvió para contener dentro de justos límites la procreación excesiva, puede servir ahora para todo lo contrario.

Quizás sí; pero no debemos alarmarnos, pues á mi juicio está todavía muy lejos el día de que se note la falta de gente.

Yo vivo en un trozo de calle en que hay cuatro casas de vecindad y dos hoteles; he tenido la curiosidad de contar los chiquillos que en estas viviendas se cobijan y suman la aterradora cifra de *ochenta y dos*. Sólo en mi casa hay *diecisiete*, lo cual la convierte en una sucursal del infierno.

No, no se acabará la gente así como así. Fíjense ustedes por esas calles y plazas, teatros, cafés y paseos públicos, por todas partes no se ven más que chiquillos.

A veces sube un matrimonio al tranvía y tras él cinco, seis ó siete chiquillos. Esto es un mentís de las estadísticas pienso—, que nos dan

como cosa hecha la despoblación de la tierra.

Esto no sucederá; la gente pobre echa retoños al mundo que es una bendición y por todas partes se ven pechos que amamantan y criaturas que berrean.

Yo creo, al revés de los sociólogos, que hay exceso de producción, aunque ésta no dimane de los matrimonios. Para la progresión de las naciones sería un golpe de muerte la supresión de los célibes. Probablemente les debemos el que el mundo no se acabe y la población aumente, digan lo que quieran los casados *inactivos*.

FRAY GERUNDIO

Para que rabien los aliadófilos

II

Del documento anejo, número 22, *Carta del 9 de Mayo de 1916, dirigida á Mme. Jules T, en Versailles, por X., en Lille*:

«Esto ha comenzado el Sábado Santo en Fives, á las tres de la madrugada en Lille... Para tal hazaña ha llegado un regimiento y las calles designadas estaban enfiladas por ametralladoras y por soldados, y hombres, mujeres, muchachos y muchachas desde los catorce y quince años eran arrancados de los brazos de sus madres que, para mayor dolor, quedaban exceptuadas.

Se han llevado durante toda la semana de Pascuas, barrio por barrio, de 40 á 50.000 personas en las tres ciudades. Ha resucitado la esclavitud en los territorios franceses invadidos. Los pobres esclavos eran amontonados, sin orden alguno, en vagones de animales, revueltos hombres y mujeres, y enviados en direcciones desconocidas. Sábese que algunos han quedado en Orchies, Templuve, Hirsion, Sedan, Lens, para trabajar en el campo, en las carreteras, en las municiones, en las trincheras. Las mujeres, especialmente las criadas, reemplazan á los ordenanzas en el servicio de los oficiales.

El obispo, el alcalde, el director del aprovisionamiento han protestado de tales traslados, cuyo pretexto era la dificultad de alimentar á la población, á causa de los ingleses.

Los alemanes no se han cuidado nunca de alimentarnos, y el aprovisionamiento jamás ha estado asegurado, excepción hecha de la carne.»

Del documento anejo, número 23, *Carta firmada Luisa, fecha 9 de Mayo, y dirigida por M. E. al canónigo D., en Saint Omer (Pas-de-Calais)*:

«A la noche siguiente la fuerza militar comenzaba á operar brutalmente en Fives. A las tres de la madrugada llamaban á las puertas; un oficial pasaba y designaba las personas que tenían que partir. Un soldado quedaba de centinela á la puerta, con la bayoneta calada. Las ametralladoras aparecían colocadas de trecho en trecho, y en las calles había patrullas escalonadas. Se junta á todo el mundo en la iglesia del barrio, y todos parten, mezclados, en vagones de ganado. ¡Qué moral! ¡Qué higiene!

Monseñor y el alcalde han tenido muchas conversaciones enérgicas con el general. Como monseñor defendiera enérgicamente á la población, se le contestó de esta manera cortés: «¡Vos, obispo, callad y salid!»

Los alemanes reconocían lo vergonzoso de la tarea á que se dedicaban. Muchos oficiales y soldados han sido encerrados en la ciudadela por protestar de la medida.»

Del documento anejo, número 31, *Carta de Mme. D., en Lille, á su marido M. D., en Wimereux*:

«Hemos asistido á una medida de humanidad, que consiste en dividir á las familias, cogiendo aquí una hija, allí una madre, en otra parte un padre, dejando á veces á un octogenario sin apoyo de nadie, para que los evacuados «voluntarios» se aprovisionen mejor y tengan una vida más normal, plantando patatas según dicen.

Sería conveniente que toda Francia, que todas las naciones conociesen este nuevo crimen, con su preparación hipócrita y sus apariencias engañosas.»

Del documento anejo número 32, *á monsieur Poincaré, Presidente de la República francesa*:

«El traslado ha comenzado por los pueblos de Roncq, Halluin, etc. Después han sido Tourcoing y Roubaix. En las ciudades se ha procedido por barrios.

Sábese, por jóvenes que han regresado por motivos de salud, que se han alojado muchachos y muchachas en una odiosa promiscuidad. Se les obliga á trabajar en el campo. Los alemanes les retribuyen con un marco cincuenta; pero se lamentan de lo insuficiente de la alimentación.

En vez de pronunciar las palabras de descorazonamiento que dejan escapar los habitantes de las regiones invadidas cuando exclaman: «¡Estamos abandonados de todos!»; los firmantes tenemos la esperanza, señor Presidente, de que la intervención enérgica que ha de solicitar el Gobierno francés por parte de los neutrales, hará cesar pronto unos procedimientos que han de indignar á cuantos no vean en la palabra humanidad una palabra vana.»

DE LA SEMANA

Sigue la guerra francamente favorable á los aliados. En el frente oriental han obtenido los rusos nuevas victorias y prosiguen su avance en territorio austriaco; los rumanos han ocupado en pocos días toda la Transilvania y se dan la mano con el ala izquierda del ejército ruso. En el frente francés ha habido importantes y tenacísimos combates al Norte y Sur del río Somme. Estos combates tienen una gran significación respecto á la probable decisión de la guerra. Ellos han corroborado, sin dejar lugar á dudas, la superioridad del ejército franco-inglés; y han puesto claramente de relieve la impotencia del ejército alemán para arrebatársela. Más de dos meses dura ya esa ofensiva del Somme sin que los alemanes, que han perdido ya su segunda línea de defensa, hayan podido contrarrestarla un momento siquiera. Verdun

ha marcado el punto crítico de la capacidad ofensiva del ejército alemán, y esta batalla del Somme ha venido á confirmar plenamente esa creencia. Para abrir allí una brecha que pudiera hacer posible una decisión estratégica, acumuló el Estado Mayor alemán cuantos recursos de hombres y material pudo disponer. Atacó con furia y encarnizamiento un frente de cuarenta kilómetros primero; luego lo redujo á veinte, á diez, á cinco, á dos; después atacó concentrando alternativamente sus esfuerzos con verdadera desesperación sobre un sólo punto, hoy sobre determinada obra de defensa, al otro día sobre otra, sin haber logrado al cabo de más de seis meses y después de sacrificar más de medio millón de hombres, no ya romper el frente y encuñarse en él, sino tomar siquiera la primera línea de defensa. En Verdun se ha demostrado, y esta batalla del Somme lo ha corroborado, que aquel ímpetu arrollador con que el ejército alemán apareció en la primera fase de esta guerra, radicaba, más que en su propia virtualidad, en la gran desproporción de sus elementos de combate respecto á los de los ejércitos aliados. El mérito extraordinario de éstos ha consistido en suplir esa desproporción con algo que estaba fuera de los cálculos del Estado Mayor alemán y que está fuera de todo cálculo; cual es «sacar fuerzas de flaqueza», como decíamos y hacíamos en otro tiempo los españoles, levantando el ánimo por encima de todas las dificultades y de todos los sacrificios: que así es como vence á la fuerza bruta, numérica, material, especial, la energía inmensurable del espíritu humano; y sólo así es cómo, cuando se ven en el trance de tener que luchar, muestran su verdadera grandeza los hombres, los ejércitos y los pueblos.

Nuestra política, lo mismo la interior que la exterior, á pesar de que, según afirman los tráfugas de la República, vivimos en plena democracia, se mueve siempre subterráneamente. La razón de esto, nace de que rara vez están de acuerdo las conveniencias del país con las conveniencias, tradiciones y miras particulares de la monarquía, y estas últimas, por desgracia nuestra, sobrenadan siempre. De ahí nuestra incertidumbre y vacilaciones en la política exterior, y de ahí nuestras inexplicadas é inexplicables crisis políticas, á las que el pueblo y aun los mismos políticos, para indicar esa filiación subterránea, suelen desigualarlas con nombres más ó menos pintorescos y expresivos. En esta semana precisamente—y por ello lo hacemos notar á nuestros lectores—las aguas de nuestra política que venían discurriendo casi á flor de tierra, han desaparecido de la superficie, sin que á estas fechas sepamos dónde ni cómo reaparece-

rán. El único efecto visible hasta ahora, es que el Sr. Maura que estaba muy alejado de palacio y que con su último discurso en el Congreso se había alejado mucho más, tanto que pensaba ir á Covadonga con el señor Mella, que es todo cuanto podía alejarse, ha sido invitado en Santander á comer con el rey en compañía de Romanones y se ha quedado en Solorzano, y no va á Covadonga, y el edificio ministerial, que parecía tan sólido, ha crujido sordamente.

Sería cosa curiosa ver la cara que pondrían, si resucitaran, aquellos buenos progresistas que hicieron una revolución porque querían poder explicar en sus hogares las causas de nuestras crisis políticas.

M. M.

Consejo desinteresado

«En la Iglesia de la Almudena le sustrajeron á Doña Fulana de Tal y Cual un bolsillo que contenía un décimo de lotería y una cantidad en metálico.

No comprendo cómo se atreve nadie á entrar en una iglesia llevando dinero ó cosa que lo valga.

Uno, dos, diez, veinte cepillos invitándole á que dé algo.

Un chiquillo tratando de convencerle á fuerza de campanillazos, de que debe echar algo en la arquilla que lleva colgada al cuello.

Un sacerdote en el púlpito que le pinta con frases terroríficas los horribles sufrimientos de las almas del Purgatorio, cuya salida puede él anticiparse dando algo.

Y por si fuera poco, unos correigionarios ó correigionarias en religión, que al menor descuido llevan sigilosamente las manos que tenían cruzadas sobre el pecho, al sitio donde el dinero radica, y se lo anexionan con la mayor limpieza.

Por lo tanto, aconsejo á las personas que no puedan privarse de pasar un rato en la iglesia, que dejen en su casa todo lo que tenga algún valor material: donde todo es espiritual, no deben llevarse más que valores espirituales.

La Inclusa de Madrid

Loable, por ser humanitaria, es la campaña que ha emprendido en *El Mundo* José M. Sembi contra los horrores que ocurren en la Inclusa de Madrid, donde desaparecen los niños sin dejar rastro alguno.

Empeñado en que se sepa lo que ha sido de un expósito llamado Tomás, hace la siguiente pregunta:

«Señor presidente de la Diputación Provincial de Madrid, señora presidenta de la Junta de Damas, señor juez de instrucción del distrito de la Inclusa y señor director general de seguridad. Mis distin-

guidos señores: ¿Qué saben ustedes del expósito Tomás, entregado á la Inclusa el 30 de Mayo de 1906 y cuyo paradero se ignora?»

Y añade á continuación:

«Es de suponer que el diputado Sr. Lla-sera, después de los meses transcurridos, habrá terminado ya el expediente; es de presumir que ante la gravedad de estas vergonzosas pérdidas de niños en la Inclusa, el Sr. Díaz Agero habrá ordenado, lo mismo que se hace en épocas de elecciones, que un personal apto y numeroso de sus oficinas se dedique día y noche al examen de los expedientes de los expósitos de la Casa-cuna; creemos también que el digno juez D. Félix Ruz, al terminar el sumario, habrá encontrado responsables y ordenado su procesamiento; conociendo la actividad de D. Manuel de la Barrera, no dudamos que su brigada de Investigación seguirá indagando el paradero del niño Tomás, y debemos dar por seguro que la ilustre Junta de Damas de Honor y Mérito, obligada por su Reglamento al amparo, protección y vigilancia de los niños de la Inclusa, mas el régimen y buen gobierno interior de la misma, no descansará ni un momento para hallar á nuestro expósito y que su buen régimen no quede en entredicho ni se las pueda exigir responsabilidades, no solamente de la suerte que haya podido correr el niño Tomás, sino de los 5.000 «que en la primera infancia se hallan esparcidos por los pueblos», sin tener exactas noticias de su estado, según afirma el doctor Hernández Briz, médico jefe de la Inclusa.

No queremos creer que, sin dar una respuesta segura del lugar donde se encuentra el expósito que nos ocupa, hayan dejado á Madrid en pos de placeres y comodidades, porque si así hubiese sido, no achauen el amargor de las aguas cantábricas ú oceánicas á las sales que pueden llevar disueltas, sino á la mezcla que encierran de las lágrimas vertidas por cinco mil ó más madres que incesantemente lloran ante el temor de que sus hijos hayan sufrido la mágica esfumación de los expósitos Tomás y Luis.

[TOCAN A GLORIA]

Mi querido maestro el doctor Tolosa Latour describe en su notable conferencia del 25 de Mayo último que, hallándose en un pueblo cercano á Madrid, llamó su atención la frecuencia con que sonaban las campanas de la iglesia: «*Tocan á gloria*—le dijeron—, porque á diario mueren dos ó más niños de la Inclusa», y con espanto se enteró que las nodrizas volvían á Madrid á recoger más niños, sin responsabilidad alguna.

No se extrañe el sabio bienhechor de la infancia. La Diputación Provincial y su delegada la Junta de Damas, están obligadas á reclamar los expósitos que se crían fuera de la Inclusa, al cumplir los seis años de edad. Si hacen esta reclamación, suele suceder que no contestan; repiten, con igual resultado, y entonces nadie se vuelve á ocupar del inclusero, sin duda olvidando que el artículo 212 del Código civil dice que «los jefes de las Casas de expósitos son los tutores de los recogidos en ellas»; que el 199 del mismo Código indica que «el objeto de la tutela es la guarda de la persona», y que el ignorar el paradero de los niños, como sucede con nuestro Tomás, demuestra un abandono que el Código penal, en su artículo 501, castiga con la pena de arresto mayor y multa de 125 á 1.250 pesetas,